

CUENTO N° 19

TÍTULO: HACER CAMINOS

SEUDÓNIMO: CAMINANTE

AUTOR: ANÍBAL BARRERA ORTEGA

HACER CAMINOS**Caminante**

Sí, eres un caminante. Porque te hace sentido lo que dejó dicho Machado y cantó Serrat:

*Caminante, no hay caminos
Se hace camino al andar*

Pero tú has recorrido muchos caminos; algunos de ellos muy difíciles. No obstante, aprendiste en ellos.

La verdad es que no es fácil describirlos. Porque si intentas hacerlo, se puede traicionar la memoria.

Sabes que la teoría de la Percepción Unitaria recomienda olvidar la memoria y optar por sentirse a través de los cinco sentidos.

La verdad es que es un buen consejo, porque te sobreviene una plácida relajación, en la que sientes que tú eres la realidad. Toda la realidad.

Pero para escribir debes aceptar la traición de la memoria, porque a través de ella puedes contar lo que aprendiste en lo tortuoso de esos caminos.

¿Podrá interesar eso a quienes lean estas líneas? La verdad –y esperas que se te excuse la soberbia– es que te da lo mismo.

Me ne frego, dice una locución italiana. Significa justamente que todo da lo mismo.

Bueno, pero no siempre Porque hay cosas –por así llamarlas– que sí importan. ¿Sabes cuáles?

Alguien dejó dicho que:

*Sólo importan, en adelante,
la pasión, lo grande, lo divino...*

Ergo, deberás escribir sobre esos no olvidados caminos, porque te despertaron el interés por la pasión, lo grande y lo divino.

Tenías casi catorce años. Estabas veraneando en Quintero. Te había invitado tu hermano, a la sazón oficial del Ejército de Chile, cuyo regimiento organizó un campamento vacacional.

Bueno, para hacer el cuento corto, sólo dirás que uno de esos días estuviste a punto de morir ahogado.

Fue una experiencia terrible. Ocurrió por tu culpa, ya que te habían advertido que la mar se estaba poniendo peligrosa. Pero tú eras porfiado; te gustaba hacer ostentación de audacia. Querías lucirte delante de los muchachos que estaban contigo.

Te lanzaste a romper una ola, después de lo cual te diste cuenta que tus pies no tocaban la arena del fondo. Agitaste torpemente tus brazos y comenzaste a tragar agua. Lograste lanzar un grito de socorro, pero nadie podía escucharte: estabas a más de ochenta metros de la playa.

Sentiste que morías. Caprichosamente, acudieron a tu memoria imágenes de tu casa paterna; sus jardines y árboles frutales, la plantación de manzanilla sobre la cual solías tenderte en los días de verano; en fin, tu dormitorio, tus juguetes infantiles...

Creíste que fue producto de tu desesperación escuchar una voz que te dijo: ¡Aguántate, cabro, que ya llego!

Pero se trataba de la voz del pescador de nombre Bonifacio 2° Cisternas.

De inmediato, te asió por el pelo y nadó hacia la playa. Tú seguías tragando agua, pero te parecía entender que ese hombre te había salvado la vida.

Al cabo de un par de minutos, don Bonifacio te depositó sobre la tibia arena. Más de treinta personas se abalanzaron hacia donde estabas. Un médico allí presente les gritó que te dejaran aire. Acto seguido, comenzó a masajearte la espalda, a la vez que ponía una pierna bajo tu estómago. Quizá si botaste dos litros de agua salobre.

El médico recomendó a tu hermano que te acostara y que te mantuviera lo más abrigado posible. Le dijo que deberías estar en reposo durante tres días.

Claro, fue un verdadero suplicio aguantar el calor del verano. Pero no todo fue suplicio.

Una hermosa niña de doce años, que por sus formas aparentaba tener más, comenzó a visitarte a diario.

Fue tu consuelo. ¿Por qué no decir desde ya que jamás has podido olvidarla?

Y ése fue el comienzo, el punto de partida, de un camino que hoy recorres. Pero, si bien fue un camino preñado de dificultades, has conseguido amarlo. Y ése fue el comienzo, el punto de partida, de un camino que hoy recorres. Pero, si bien fue un camino preñado de dificultades, has conseguido amar lo difícil.

*Hacia las estrellas
por el camino más difícil*

Y comenzaste a mirar las estrellas y a desearlas. En realidad para que iluminen, porque te queda claro que en esta vida se requiere de mucha luz.

Es que la vida suele ser oscura. Fue oscura la relación que después mantuviste, a lo largo de muchos años, con aquella muchacha. Es posible que tu fuero interno te estuviera indicando que no estabas a la altura de ella.

Porque nadie te había enseñado a caminar por la vida. Veías a esa muchacha como una suerte de diosa inalcanzable. Nunca te atreviste a decirle que querías enamorarla.

Como quedó dicho, has conseguido mirar hacia las estrellas y has podido desear llegar hasta ellas. Sí, sin duda es poco posible que puedas enamorarla ahora. Porque lo pícaros años suelen pasar la cuenta. Tanto ella como tú cabalgan en la setentena.

Pero ella sigue siendo un referente para los caminos que sigues recorriendo, porque siempre te resultará inspiradora. Es como una metáfora de lo difícil.

¿Qué te queda por hacer? A ratos te parece fácil. Piensas que de lo que se trata es de reconstruir tu propia historia.

En realidad, no siempre es fácil. Porque, por ejemplo, te cuesta creer que, si la hubieras enamorado, tu vida iba a ser miel sobre hojuelas.

Los tormentosos caminos que antaño recorriste te han mostrado que no es del todo viable la relación entre mujeres y hombres. Porque se trata de energías iguales pero contrapuestas.

Ya lo dijo Jean Baudrillard: "El hombre produce y la mujer seduce".

Pero no dejas de creer en que aquella mujer de tus catorce años te sigue seduciendo. Porque en tus sesiones de Percepción Unitaria has podido percibirte como una realidad muy distinta de aquella que protagonizaste.

La relajación que se produce te ha permitido creer que todo pudo ser distinto.

Claro, no puedes regresar al pasado, pero sí puedes imaginar que la enamoraste en aquellos lejanos días.

Parece que fue Ortega y Gasset quien sostuvo que la imaginación es la madre de la inteligencia. Es que imaginando puedes reconstruir tu historia y, lo que es más importante, creer en ella.

Y, bueno, un poco para finalizar este relato, pues pensar que aquellos caminos de antaño pueden ser recorridos de nuevo –lo que no significa traicionar la memoria–, es recorrerlos.

Por lo demás, tanto Machado como Serrat nos lo legaron como consigna de vida:

*Caminante, no hay caminos
se hace camino al andar*